

José María Riol Cimas (\*)



## En un municipio del Norte...

Entre los días 18 y 22 de Marzo se celebraron las VII Jornadas sobre Misterios de la Ciencia, organizadas por el Ayuntamiento de La Matanza y coordinadas por los responsables de un programa radiofónico llamado Esencia de Medianoche. El motivo principal de estas líneas no es otro que felicitar a sus coordinadores y conferenciantes porque, por séptimo año consecutivo, han conseguido meter un gol por toda la escuadra al Ayuntamiento de La Matanza, que ya quisiera haberse apuntado el mismísimo Roberto Carlos.

En estas Jornadas, que se celebraron en el Centro de Servicios Sociales del Ayuntamiento, se impartieron cinco conferencias cuyos títulos conviene recordar, porque son muy ilustrativos. 1. *Ciencia y espiritualidad a través del tiempo. El gran esquema de la clave universal.* 2. *Canarias, 25 años de misterio.* 3. *Templarios en Canarias. La vigencia del legado universal.* 4. *Los dioses egipcios. Conceptos sagrados y religiosos del Egipto faraónico.* Y 5. *El guardián de las pirámides. Los secretos de la esfinge.*

Está muy bien que las personas se entretengan en lo que mejor les parezca dentro de los límites de la ley, porque para eso vivimos en un país libre, y no cabe duda de que estas Jornadas son legales. Lo que resulta chirriante es que se pueda confundir a los ciudadanos menos avisados mezclando cosas tan dispares. Y es que, conociendo el contenido de Jornadas anteriores, y revisando atentamente los títulos de las conferencias y el de las Jornadas, se podrá observar lo poco que tienen que ver esas cosas con la Ciencia.

Los misterios de la Ciencia, en nuestros días, son muy diferentes de los que dan títulos a las conferencias. Si por misterios de la Ciencia entendemos lo que

nos queda por saber acerca de cómo funciona el mundo, no cabe la menor duda de que tales misterios son todavía muchísimos. Aunque, poco a poco, mediante una labor por lo general callada, rigurosa, y cada día más eficiente, van siendo desvelados de acuerdo con el método que ha demostrado ser el mejor desde su establecimiento hace casi cuatrocientos años: el Método Científico.

El método que ha hecho posible que cuando tenemos una infección podamos curarnos con penicilina. El que hizo posible que supiéramos que no somos el centro del universo ni de nada en particular. El mismo que nos ha permitido comprender las claves de la evolución de las especies, o mediante el que hemos podido poner en órbita un telescopio espacial. Empleando ese poderoso método se han establecido las estructuras moleculares y la función específica de miles de medicamentos que han salvado millones de vidas, se han descubierto cientos de nuevos materiales y se han diseñado miles de máquinas que han hecho nuestra vida más cómoda, y tantas otras cosas más.

Por eso sorprende y preocupa que una corporación pública, como es el Ayuntamiento de La Matanza, presidida por su alcalde don Ignacio Rodríguez, se haya prestado un año más (y van siete), para participar como actor esencial en esta ceremonia de la confusión. Resulta chocante que un Ayuntamiento que contribuye con su presupuesto (por las mañanas) en la mejora de las escuelas e institutos de su municipio, los lugares donde se enseña Ciencia, haga justo lo contrario (por las tardes) apoyando actividades como las Jornadas

que nos ocupan. Esto se parece sospechosamente al argumento de la novela de Stevenson *El Dr. Jekyll y Mr. Hyde*.

Debería saber el alcalde de La Matanza, para evitar futuros goles, que no se puede llamar Ciencia a cualquier cosa. La Ciencia tiene una serie de características que la definen. Una de ellas, y muy importante, se refiere a la comunicación de los resultados de la investigación científica. A lo largo de los últimos siglos, desde que en el siglo XVII nacieron las primeras publicaciones científicas modernas en el seno de la Ro-

yal Society, para que un resultado científico se publique tiene que pasar por una serie muy rigurosa de filtros que responden de la calidad del resultado.

Por el contrario, es muy fácil publicar libros y artículos —o dictar conferencias—, sobre la existencia de platillos volantes, los “viajes astrales”, la adivinación del futuro o las más peregrinas teorías. Basta con que el autor afirme que todo lo anterior es cierto, añadiendo a continuación que tal conocimiento le ha sido revelado. Lo difícil, lo que cuesta mucho estudio y esfuerzo, es demostrar las afirmaciones repitiendo tales hazañas en condiciones controladas en el laboratorio. Lo primero se llama fe, lo segundo Ciencia. Y mediante la fe, que yo sepa, no se descubrió la penicilina.

Probablemente no se pueda evitar legalmente que haya personas especializadas en vender humo, pero que la venta se haga desde una corporación pública no está ni siquiera un poquito bien.

(\*) *Doctor en Ciencias Biológicas y profesor titular de Bioquímica y Biología Molecular de la ULL*

*Debería saber el alcalde de La Matanza, para evitar futuros goles, que no se puede llamar Ciencia a cualquier cosa*